

## La voluntad de los pueblos

*Pregón, 1959-06-03.*

A nadie se le ocurre objetar ahora el movimiento de Independencia que se gestaba en Venezuela hace 150 años; al venezolano de hoy le parece natural que su país aspirase a la libertad y pelease por ella.

Sin embargo, algunos venezolanos de hoy que bendicen la hora en que su patria se sacudió el yugo español consideran que, ya mediado el siglo XX, las cosas están como debían estar siempre, como si la vieja empresa de libertad al hombre fuese ya una meta cumplida. Y cuando oye hablar de las causas de independencia de otros pueblos, se para fríamente a ver las desventajas económicas que se derivarían del desgajón, y la conveniencia de evitar divisiones menores cuando el mundo ya está tan lleno de problemas.

Así piensan también muchos españoles de hoy que se enorgullecen, y con razón, de la hermosa gesta patriótica del 2 de mayo, cuando la hegemonía francesa los hubiese aparentemente, podido "evitar una frontera", y una lengua que los franceses, naturalmente, consideraban "más universal".

Afortunadamente, las causas de libertad no están condicionadas a comprensión, ni a volúmenes porque si lo estuviesen, ya tendríamos que prepararnos inevitablemente a aprender chino.

Aquí tenemos ahora el caso de la Guayana que llaman Británica. Son medio millón de personas, sin grandes cosas que mostrar al mundo, pero que aman la libertad. El Dr. Jai Narine Singh, el líder independentista guayanés que nos visita en estos días, tiene las mismas preocupaciones y los mismos grandes problemas que los patriotas venezolanos de hace siglo y medio. Ha conseguido fácilmente que los sectores más representativos de la vida nacional, los partidos políticos, los universitarios, le ofrezcan todo su generoso apoyo, que él lo ha recibido emocionado.

Pero tiene también que enfrentarse a algunas incomprensiones.

La mayoría coincide en que los principios democráticos constituyen una magnífica conquista del hombre. Rescatarlo de las esclavitudes del feudalismo, del caciquismo, de la monarquía hereditaria, de la dictadura moderna, han sido empresas largas, y muy a menudo sangrientas.

Pero el término "democracia" está resultando, en lugar de la meta revolucionaria de la humanidad, en un comodín culpable de una burla feroz a los principios de la libertad.

Si los que se dicen demócratas aceptan los elementales principios del respeto irrestricto a la dignidad de la persona humana, están también obligados a dedicar igual consideración al derecho de los conglomerados naturales que constituyen los pueblos, sin supeditarlos a ningún otro fin económico o político. Sólo así, respetando íntegramente al hombre que es un ser social, la humanidad podrá disfrutar de la libertad.

Algunos basan sus reservas en la necesidad de mantener cierto equilibrio del orden establecido, como si hubiésemos llegado, precisamente con nuestra generación, al final de la evolución histórico-político del mundo. Quienes claman por la defensa de este orden de cosas son siempre los que están abusando de algún poder, o están imponiendo alguna hegemonía. Franco, quien se alzó criminalmente para destruir el orden legalmente establecido, lleva veinte años haciendo aspavientos (y algo más) contra los que desean subvertir este nuevo desorden suyo impuesto a machete.

Afortunadamente, hoy estamos haciendo historia de la misma manera como lo han hecho nuestros antepasados hace cien o mil años. Y la voluntad de los pueblos seguirá haciéndola. En las sociedades de los hombres, como en la de los pueblos, es claro que las libertades articuladas en la práctica de la tolerancia y el respeto mutuo resultan mucho más productiva y estable que el orden de las hegemonías impuestas, aunque éstas parezcan engañosamente más firmes.

Por eso creo que la causa del líder guayanés, Jai Narine Singh, triunfará inevitablemente; como tarde o temprano triunfan la justicia y el derecho de las causas de libertad.